

Sección: Documentos

El Narcotráfico y la Violencia: Una amenaza mortal a la democracia*

* Versión en castellano de la intervención del presidente de la República de Colombia. Virgilio Barco, en la sesión de clausura de la reunión anual de la Asociación de Editores de Periódicos de los Estados Unidos. Washington, D.C., abril 14 de 1989.

Quiero agradecer a ustedes la invitación para exponerles algunas reflexiones sobre una de las más serias amenazas a que se haya enfrentado la humanidad en los tiempos modernos. Este foro de la Asociación de Editores de Periódicos de los Estados Unidos resulta particularmente apropiado para ello si se tiene en cuenta que las consecuencias de esta amenaza no podrían estar mejor simbolizadas que por un colega de ustedes —un hombre que podría estar sentado entre nosotros- un compañero editor, un amigo personal y un héroe en Colombia.

Guillermo Cano: un héroe en la lucha contra el narcotráfico

El 17 de diciembre de 1986, Guillermo Cano, el director de **El Espectador**, uno de los periódicos más grandes de Colombia, se preparaba para dejar su trabajo y salir hacia su hogar. Su diario, *El Espectador*, posee una tradición de independencia y de ideas liberales que se remonta a más de cien años atrás y, desde su fundación, la familia Cano ha sido la fuerza que lo ha llevado adelante. Guillermo Cano, en numerosos editoriales, denunció y se enfrentó al tráfico ilegal de narcóticos. En la noche de diciembre a la que me refiero, dos sicarios, actuando bajo las órdenes de Pablo Escobar, uno de los mayores narcotraficantes involucrados en el negocio internacional de la droga, lo asesinaron brutalmente. A Guillermo Cano su coraje y su compromiso moral le costó la vida. Hoy sus hijos han recogido sus banderas morales y continúan la difícil cruzada intelectual y periodística contra el negocio de la droga y contra las actividades de los narcotraficantes.

El director de *El Espectador* no estaba solo en esa lucha. Tampoco han estado solos en el sufrimiento, en el dolor y en la tragedia los miembros de la familia Cano y sus amigos. Otros treinta periodistas también

han sido asesinados y hace sólo unos días el abogado y periodista de *El Espectador*, Héctor Giraldo, también fue asesinado por los narcotraficantes por haber participado profesionalmente en el juicio contra los asesinos de Guillermo Cano.

Los periodistas, el ministro de Justicia, el procurador general, varias decenas de jueces, más de 1.300 policías y miles de otros colombianos han pagado con sus vidas su compromiso con la causa de la lucha contra el narcotráfico. Todos ellos son considerados héroes por nuestro pueblo. Todos ellos también deberían ser considerados héroes aquí en los Estados Unidos.

Conociendo estos héroes, como los hemos conocido los colombianos, sintiendo su dolor y su sufrimiento, y estando orgullosos de su valor y de su entereza moral, no entendemos, ni podemos aceptar, las presentaciones estereotipadas que se le quieren atribuir en el exterior a mi pueblo y a mi país. Contrario a lo que tantas series de televisión norteamericana sugieren, Colombia no es una nación de criminales. Nosotros somos también víctimas del flagelo del narcotráfico.

Un llamado a la acción

Posiblemente no hay mejor ocasión para que el presidente de Colombia hable en ésta, la ciudad capital, la cual ha experimentado en los últimos meses crecientes niveles de criminalidad asociados al consumo y distribución de narcóticos. Estoy en Washington para unir mi voz a la de otras personalidades para exigir acciones extraordinarias. El tráfico ilegal de drogas no sólo amenaza el orden público en esta capital y en otras ciudades de los Estados Unidos. La insaciable demanda de narcóticos en los Estados Unidos se ha convertido igualmente en la amenaza más grande para la democracia en nuestro hemisferio.

Tengo perfecta conciencia de que por ello he sido invitado a hablar hoy aquí. Ustedes me han recibido respetuosamente, lo cual les agradezco. Pero posiblemente muchos de ustedes tienen prevenciones o sentimientos ambivalentes hacia mí y hacia mi país, y hacia el papel que ustedes creen que desempeñan los colombianos en esta nueva angustia que sufre el hemisferio americano.

Pero si vamos a trabajar juntos para eliminar esa maldición, debemos entender claramente qué cruz nos ha tocado cargar a cada uno. Si no comprendemos las realidades que afectan a cada cual, no es posible pensar en una franca y abierta colaboración. Permítanme iniciar ese proceso de comprensión mutua con la descripción de algunas circunstancias muy bien conocidas aquí en Washington:

- Una nación que ha sido defensora y hogar histórico de la democracia pero que ahora se encuentra sitiada por los carteles de la cocaína.

- Un pueblo que ha disfrutado un fuerte crecimiento económico y que ha contado por muchos años con una economía en permanente diversificación, pero que hoy ve todo ello en peligro debido a las actividades de los carteles de la cocaína.

- En buena parte, un pueblo conformado por clase media que valora la ley, el orden y la seguridad en sus barrios y una buena educación para sus hijos, y que hoy enfrenta a los carteles de la cocaína decididos a destruir todo eso.

- Un pueblo en el que todavía existen sectores desposeídos y marginados, afectados por la pobreza, cuyas necesidades han sido desatendidas por demasiado tiempo y que encuentran en el tráfico de drogas una oportunidad única de hacerse ricos de la noche a la mañana.

Al hacer esta descripción, ustedes pueden haber entendido que me estaba refiriendo a la situación aquí, en Washington, D.C. No es así, estoy hablando de mi propio país, de Colombia. Nosotros somos la democracia más estable y antigua de América Latina, casi tan antigua como la de los Estados Unidos. Tenemos una Constitución vigente hace más de cien años, que garantiza nuestras instituciones democráticas y que es considerada por muchos de nuestros vecinos como un modelo ejemplar.

La prensa es en Colombia uno de los pilares fundamentales de la democracia, por cuanto una verdadera democracia no se concibe sin una prensa libre e independiente. El pueblo de Colombia está convencido de que nuestra prensa nacional y regional es la base de la libertad y de los derechos individuales. Este es uno de los grandes valores de nuestra democracia. La ya prolongada trayectoria de nuestro sistema político pluralista es así mismo la historia de la libertad de prensa y del abierto intercambio de ideas entre los colombianos. En contraste con tantas otras regiones de América Latina, Colombia nunca ha sido tierra fértil para la dictadura o para los regímenes autoritarios.

Progreso económico y social

La fortaleza excepcional de nuestra democracia no es el único logro del que nos sentimos orgullosos los colombianos. De hecho, la democracia en Colombia ha promovido, simultáneamente con la libertad política, una economía estable y en crecimiento. Los colombianos hemos alcanzado un crecimiento económico anual del orden

de 5%, en promedio, en los últimos veinte años. Somos uno de los pocos países de la región que han mostrado un crecimiento significativo a lo largo de la difícil crisis económica de los años ochenta. Somos quizás el único país de América Latina que no ha renegociado su deuda. Es así como se ha logrado mantener nuestra credibilidad ante el sistema financiero internacional, lo que a su vez nos ha permitido cumplir con los programas de inversión pública y las metas de desarrollo que nos hemos propuesto alcanzar.

Si preguntara en este recinto cuáles son las principales exportaciones colombianas, estoy seguro que aún en una audiencia tan distinguida como ésta la mayoría señalaría sólo dos productos: café y cocaína. La verdad es que esta es una visión distorsionada. Es muy probable que las flores colocadas para decorar sus cuartos en el hotel sean de origen colombiano. En la actualidad exportamos cerca de US\$ 1.500 millones en petróleo. Nuestras exportaciones de otros productos han crecido rápidamente, como es el caso de los bienes industriales, los libros y materiales impresos, las manufacturas en cuero, las frutas y los mariscos, entre muchos otros. Colombia posee las mayores reservas carboníferas de América Latina y la tercera más grande reserva de oro en la región. En resumen, hemos logrado construir una economía pujante, moderna y diversificada.

Este favorable desempeño económico ha servido como una fuerza decisiva en la promoción del cambio social y como un estímulo permanente al mejoramiento de las condiciones de vida de nuestra población. Algunas cifras nos dan una idea de la magnitud de las transformaciones. La expectativa de vida en Colombia pasó de 46 años en 1950 a 68 años en la actualidad. El nivel de alfabetización en Colombia supera el 90%. Nuestro país ha experimentado una profunda revolución demográfica, mostrando hoy una de las tasas de natalidad más bajas entre los países en desarrollo. Mientras que en 1950 sólo el 30% de la población vivía en las ciudades, hoy ese porcentaje está por encima del 70%.

El narcotráfico y la fortaleza de la economía colombiana

Algunos sugieren que la prosperidad y los cambios sociales en Colombia provienen del negocio de la cocaína. Esta afirmación riñe abiertamente con la realidad. La mayoría de los dineros provenientes del narcotráfico son lavados a través del sistema financiero de los Estados Unidos y Europa, y terminan invertidos en negocios de finca raíz o en industrias legítimas por fuera de las fronteras y de la economía de Colombia. La violencia que origina el tráfico de drogas afecta negativamente el clima empresarial y social, y lleva a la fuga de capitales y a que se alejen muchas inversiones de Colombia.

El narcotráfico no es un verdadero factor de dinamismo para nuestra economía, como no lo es para la economía de la ciudad de Washington o de los Estados Unidos.

Las investigaciones académicas serias han demostrado que las distintas actividades de los narcotraficantes han sido altamente perjudiciales para nuestra economía. El dinero fácil se ha convertido en el enemigo del trabajo duro y honesto. El periódico inglés *The Financial Times* estimó recientemente las ventas de cocaína en una sobre-dimensionada cuantía que fluctúa entre 1.5% y el 3% del PIB de Colombia. Aún asumiendo que estos altos estimativos fueran ciertos, comparados con la violencia, la perturbación del orden público, el impacto sobre las instituciones, el efecto negativo sobre la inversión y los recursos gastados por el gobierno en el control del narcotráfico, no existe bajo ninguna circunstancia beneficio económico alguno para el país.

La organización internacional del narcotráfico

Aún así, para los narcotraficantes y todos aquellos directamente involucrados en el comercio ilícito de la droga, los dividendos recibidos son incentivos sumamente poderosos que los llevan a usar todos los medios criminales a su alcance, como el asesinato, la intimidación y el chantaje. Para lograr sus objetivos se enfrentan con el deseo de paz y de acatamiento de la ley que anima a la inmensa mayoría de los colombianos de bien.

Como ocurre con los Estados Unidos, Colombia no es una sociedad que se encuentre tomada por los narcotraficantes o sujeta a sus designios. Es cierto que enfrentamos unas organizaciones criminales dispuestas a llegar hasta donde sea para defender sus intereses y para mantener su control sobre este sucio negocio de adicción y de miseria.

La tradición democrática de Colombia, nuestra herencia de libertad de prensa, los logros económicos y sociales que se han alcanzado y, aún, la naturaleza moral de nuestra sociedad, es lo que está amenazado por el negocio internacional de la droga. A pesar del evidente calibre de nuestros enemigos, lo que está en juego es tan precioso para Colombia que, y cito al ex-presidente Kennedy, "estamos dispuestos a pagar cualquier precio, a soportar cualquier costo, a superar cualquier dificultad, a apoyar a todos los amigos, a oponernos a todos nuestros enemigos, para asegurar la supervivencia y el éxito de la libertad".

Los carteles del narcotráfico conforman una clase criminal de carácter internacional que ha logrado refinar, hasta un punto antes desconocido, la operación ilegal del negocio multinacional de la droga. Desde las áreas de producción, pasando por las fases de procesamiento

y exportación, hasta el punto final de distribución en las esquinas de los barrios en los países industrializados, una sola cadena compuesta por varias organizaciones criminales, de muchas y distintas nacionalidades, busca corromper la juventud y destruir nuestras democracias, con el único y vil propósito de mantener sus inmensas utilidades ilegales, que son la base de su riqueza y de su poder.

Hoy, al dirigirme a ustedes, editores y directores de la prensa norteamericana, que son quienes forman y lideran la opinión pública y el debate en los Estados Unidos, quiero hacerles un llamado: combinemos todos nuestros esfuerzos y energías en una alianza más fuerte y mejor coordinada que la de los carteles del narcotráfico. Necesitamos una alianza de las naciones afectadas por el narcotráfico para responder eficazmente. El narcotráfico no es un problema de una nación, ni siquiera de un grupo de naciones, es un flagelo universal. Si no desarrollamos instrumentos fuertes y eficaces de cooperación internacional para luchar contra todas las fases del problema, no será posible alcanzar la victoria final.

Una cumbre presidencial contra el narcotráfico

Por ello quiero aprovechar este foro para lanzar una nueva propuesta orientada a catalizar el sentido de urgencia que todos compartimos frente al problema. Nosotros, todos los presidentes de las naciones del hemisferio americano, en compañía del presidente Bush y de mis otros colegas de las naciones más afectadas por el flagelo internacional del narcotráfico, debemos reunimos tan pronto como sea posible para combinar la autoridad política que nos ha entregado la voluntad de nuestros pueblos y respaldar con ella un programa común de acción internacional contra la droga. No podemos esperar resultados exitosos si se deja sólo a Colombia, o a cualquier otro país, en esta lucha. La única forma de derrotar a los carteles del narcotráfico es combatiendo en su propio terreno, en el campo internacional de sus operaciones ilegales.

Es cierto que Colombia puede mostrar importantes progresos en esta lucha. En 1988, en Colombia capturamos más de 5.000 individuos involucrados en el tráfico de droga. Destruimos 900 laboratorios y 72 pistas de aterrizaje; capturamos más de 19 toneladas de cocaína y destruimos un millón y medio de plantas de coca. En el primer trimestre del presente año hemos alcanzado logros que nos garantizan que superaremos ampliamente las cifras del año anterior. En general, más del 80% de la captura de cocaína que se logra en todo el mundo es realizada por oficiales y funcionarios colombianos. Pero a pesar de estos esfuerzos, la amenaza de la cocaína persiste y ronda nuestras democracias.

Un esfuerzo equivalente del lado de la demanda

Los inmensos sacrificios que está realizando Colombia para reducir la oferta tienen que estar acompañados simultáneamente por esfuerzos equivalentes en la lucha contra la demanda en los países industrializados. La única ley que los narcotraficantes no violan es la ley económica de la oferta y la demanda. Mientras los norteamericanos y las gentes de otras naciones industrializadas estén dispuestos a pagar grandes sumas de dinero para satisfacer su vicio, los carteles continuarán produciendo y vendiendo cocaína. Los incentivos y las utilidades son demasiado altos y producen, como la propia cocaína, una fuerte adicción.

Por ello ahora queremos llamar la atención del país donde se consume más de la mitad de la cocaína que se produce en el mundo, los Estados Unidos, para que incremente sus esfuerzos para reducir la demanda a través de vigorosas medidas de control policivo, de educación y de rehabilitación. Si la venta de cocaína es tolerada en las calles de Nueva York y otras ciudades, la coca seguirá siendo cultivada en los valles escondidos de los Andes y en las laderas de Suramérica. Sólo podremos romper este vínculo con acciones concertadas en uno y otro extremo del problema.

En la reunión de los presidentes de las naciones americanas, que he propuesto, se deberían planear acciones comunes y concretas en los siguientes frentes:

Primero. Efectiva y pronta ratificación y aplicación de la Convención de Viena.

Segundo. Colaboración en labores de inteligencia e información de satélite.

Tercero. Mejorar la capacidad de intercepción de los cargamentos, no sólo de cocaína, sino también de los ingredientes usados en su procesamiento como los químicos, despachados en muchos casos desde Estados Unidos y Europa.

Cuarto. Búsqueda de metodologías de erradicación de cultivos que no causen impacto ecológico.

Quinto. Acciones contra el lavado de dólares.

Sexto. Compartir conocimientos y experiencias en la lucha contra la adicción.

Séptimo. Mejoramiento de los medios de transporte y de los equipos para las fuerzas armadas y de policía.

Octavo. Mejoramiento del entrenamiento de las fuerzas especializadas.

Noveno. Diseño y financiación de programas rentables de sustitución de los sembrados campesinos de coca.

Y, por último, el aspecto crucial de los programas para el control y la reducción de la demanda en las naciones industrializadas.

De nuestra parte, seguiremos incrementando sin pausa nuestros propios esfuerzos con todos los medios a nuestro alcance. Puede ser de interés para ustedes conocer que, a pesar de la atención que se le ha prestado al problema del narcotráfico en los Estados Unidos, Colombia, el año pasado, sólo recibió US\$ 12.8 millones en ayuda para estos fines. Hoy en día carecemos de los suficientes medios logísticos para combatir con la efectividad deseada a unos narcotraficantes que sí se encuentran bien equipados y que, además, poseen excelentes medios de desplazamiento.

La lucha contra la demanda y el consumo de droga

Sin duda es posible avanzar en el control del problema de las drogas mediante la captura de narcotraficantes, destruyendo laboratorios e interceptando los cargamentos de cocaína, y así lo hemos hecho por cuanto es indispensable para preservar nuestra democracia. Aún así, ¿podemos honestamente creer que es posible llegar a detener el suministro de drogas en los países productores y que se puedan sellar herméticamente las más de 90.000 millas de costas que poseen los Estados Unidos?

O, más bien, ¿vamos a reconocer que la guerra contra las drogas no se puede ganar solamente con el probado heroísmo del pueblo de Colombia, o para el mismo efecto, gracias exclusivamente al trabajo de los guardacostas norteamericanos o de los funcionarios de la DEA?

La guerra sólo podrá ser ganada en los corazones, en las mentes, y particularmente, en los hábitos de la gente de los Estados Unidos y de los demás países consumidores.

Si vamos a rescatar a nuestros dos países de las muchas formas de miedo e intimidación que genera el tráfico de drogas, debemos enfrentar el problema con valor y también con total franqueza. La guerra contra las drogas se ganará no sólo en los buques y fragatas sino también en los colegios; no sólo por los soldados y policías sino también por los maestros y profesores; no únicamente gracias a la utilización de nuevos y sofisticados equipos sino también mediante el trabajo duro de la educación, del tratamiento, de la rehabilitación y mediante la aplicación efectiva de la ley. Todas las tácticas y todas las armas en la lucha contra el narcotráfico son insignificantes al lado del impacto que tendría una verdadera

reducción en la demanda por la droga en los Estados Unidos.

Debemos insistir en llevar a las brillantes fiestas de los ricos como a los ghettos más pobres de las ciudades, el mensaje de que las drogas ilegales no son glamorosas ni inofensivas. Los consumidores de la droga deben comprender que su vicio está llevando a nuestros países al borde del desastre y que, en la "guerra total que estamos proponiendo contra el negocio internacional de los narcóticos, ellos, los consumidores, están del lado del enemigo, acompañando a quienes producen la droga y la distribuyen en las calles.

El narcotráfico y los problemas de derechos humanos en Colombia

Existe otro aspecto relacionado con la violencia de las drogas en Colombia que debe ser mencionado aquí. El gobierno está profundamente comprometido en la protección de los derechos humanos pero dicha tarea se ha visto perturbada por la perniciosa intromisión de la violencia del narcotráfico. En algunas áreas los narcotraficantes utilizan a las guerrillas para protegerse y como apoyo, mientras que en otras las mafias y la guerrilla se han convertido en enemigos mortales, principalmente por diferencias que tienen sus raíces en conflictos de carácter económico. En esta lucha que se ha gestado en torno a las actividades del narcotráfico, los capos se han dedicado a cobrar venganza contra ciertos grupos guerrilleros persiguiendo y asesinando a campesinos inocentes acusados por los mafiosos de pertenecer a la subversión y matando también a miembros prominentes y líderes honestos de partidos de izquierda perfectamente legítimos, como es el caso de la Unión Patriótica.

En cualquiera de esas combinaciones la vigencia del orden, de la ley y de la justicia está siendo golpeada. La Organización Internacional de Derechos Humanos *America's Watch*, resumiendo un informe reciente sobre Colombia, dice que la aparición de los narcotraficantes en la escena de la violencia en Colombia es "profundamente perturbadora" y ha tenido un impacto "trágico". La mencionada organización afirma, en un comunicado de prensa sobre dicho informe, que "la mayoría de los asesinatos políticos y de las masacres colectivas de los años 1987 y 1988 fueron cometidos por grupos llamados 'paramilitares' dirigidos, financiados y entrenados por figuras conocidas del tráfico internacional de drogas". Nosotros saludamos el hecho de que, por primera vez, se le haya dado un amplio tratamiento, en un informe de una organización internacional de derechos humanos, al narcotráfico como principal factor que atenta contra el derecho a la vida.

Como ustedes bien lo saben, la mayoría de las violaciones

de los derechos humanos en Colombia son perpetradas por varias facciones y grupos de extrema derecha y de extrema izquierda. Quiero ser bien claro al respecto. Mi gobierno no tolerará, bajo circunstancia alguna, los ataques contra los derechos humanos por parte de esos grupos. Ya hemos logrado avances significativos. Recientemente la prensa colombiana destacó los éxitos que se han alcanzado en la labor de desmantelamiento de las organizaciones terroristas, mal llamadas "paramilitares", dedicadas al asesinato político y criminal, y a la violación de los derechos humanos en el país.

Un futuro sin la amenaza del vicio y del terror criminal del narcotráfico

Nuestras dos naciones, unidas ya hace tiempo por valores comunes, tienen hoy la necesidad conjunta de confrontar la mafia de la droga y conjurar la amenaza que representa el negocio internacional de la cocaína. Enfrentados a estos peligros, no podemos flaquear. No actuar es aceptar la derrota, y ustedes pueden estar seguros que nosotros nunca nos vamos a entregar a las aspiraciones de las organizaciones criminales. Al comprometernos vigorosamente y de manera renovada en la lucha contra esta amenaza, no sólo lograremos preservar el patrimonio democrático de nuestros dos pueblos y la libertad en el continente, sino que, al mismo tiempo, estaremos forjando una más grande amistad entre nuestras naciones, y un entorno en el cual sus hijos y los nuestros podrán vivir seguros y libres de la amenaza del vicio y del terror criminal.